

ban cigarrillos al borde de la cama, con las piernas desnudas, golpeando la madera con los talones.

Mas lo que acabó de derretir el corazón de la joven, fué la llegada de Luisito. Su crisis de maternidad tuvo la violencia de un arrebató de locura. Llevábase á su hijo al sol para verle pernear y revolcábase con él sobre la hierba, después de haberle vestido como á un pequeño príncipe. En seguida, quiso que durmiese cerca de ella, en la alcoba contigua, donde la señora Lerat, muy impresionada por la campiña, roncaba en cuanto se tendía de espaldas.

Y Luisito no causaba la mínima extorsión á Jorge; muy al contrario.

Naná decía que tenía dos hijos, y entrambos los confundía en el mismo capricho de ternura. Por la noche, y más de diez veces, dejaba á Jorge para ir á ver si Luisito respiraba bien, y cuando regresaba, abrazaba á su Zizi con un resto de sus caricias maternales, y hacía de mamá, mientras que él, vicioso, gozoso con hacer de niño en brazos de aquella gran muchacha, se dejaba mecer como rorro á quien se adormece. Era tan bueno aquello que, encantada de tal existencia, Naná le propuso seriamente no abandonar jamás el campo. Despedirían á todo el mundo; y vivirían solos: él, ella y el niño.

Y concibieron mil proyectos, hasta el amanecer, sin oír á la señora Lerat que roncaba de firme, cansada de haber cogido flores silvestres.

Tan hermosa vida duró cerca de una semana. El conde Muffat iba todas las tardes, y se volvía, con la faz hinchada y las manos ardientes. Una tarde, ni siquiera se le recibió; Steiner había hecho una excursión á París; y se le dijo que la señora se encontraba indispueta. Naná se sublevaba cada día más, ante la idea de engañar á Jorge.

Un chiquillo tan inocente, y que creía en ella. Habriase considerado como la última de las últimas. Además, aquello le hubiera dado asco. Zoé que, muda

y desdefiosa, asistía á esta aventura, pensaba que su señora iba volviéndose estúpida.

Al sexto día, una bandada de visitantes cayó de improviso en medio de aquel idilio. Naná había invitado á un montón de gente, creyendo que nadie vendría. Así, pues, una tarde, quedó estupefacta y muy contrariada, viendo pararse ante la verja de la Mignotte un ómnibus completamente lleno.

—¡Somos nosotros!—gritó Mignon que, él primero, bajó del coche, del que sacó á sus hijos, Enrique y Carlos.

Apareció en seguida Labordette, ofreciendo la mano á un interminable desfile de señoras: Lucy Stewart, Carolina Hécquet, Tata Nené, María Blond. Creía Naná que la irrupción acababa aquí, cuando la Faloise saltó del estribo para recibir en sus trémulos brazos á Gagá y á su hija Amelia. Sumaban once personas. La instalación fué laboriosa. En la Mignotte había cinco alcobas de amigos; y una estaba ya ocupada por la señora Lerat y Luisito. Dieron la mayor á Gagá y la Faloise, diciendo que Amelia se acostara en un catre, al lado en el tocador.

Mignon y sus dos hijos obtuvieron la tercera alcoba, y Labordette la cuarta. Quedaba una habitación, que se transformó en dormitorio, con cuatro camas para Lucy, Carolina, Tata y María. En cuanto á Steiner, dormiría en el diván del salón. Al cabo de una hora, cuando toda la gente estuvo acomodada, Naná, furiosa en un principio, sintióse muy satisfecha de representar el papel de castellana. Las damas la felicitaban por el Mignotte: ¡una propiedad soberbia, querida mía!

Después, la aportaban una bocanada del aire de París, los chismes de la última semana; hablando todas á la vez con risas, exclamaciones y golpecitos.

A propósito: ¿y Bordenave? ¿qué había dicho de la escapatoria? ¡Poca cosa! Después de haber aullado que la iba á traer entre gendarmes, la substituyó

por otra aquella misma noche; y por cierto que la reemplazante, la pequeña Violaine, obtenía en la «Rubia Venus» un éxito muy lisonjero. Esta última noticia puso grave á Naná.

Como no eran más que las cuatro, se habló de dar un paseo.

—Habéis de saber,—dijo Naná,—que cuando llegasteis iba á recoger patatas.

Entonces, quisieron ir á recoger patatas, sin mudarse siquiera el vestido.

Aquello fué una excursión. El jardinero y dos mozos se encontraban ya en el campo, en el fondo de la propiedad.

Las damas se pusieron de rodillas, escarbando la tierra, sin quitarse las sortijas, y exhalando gritos, cuando descubrían una patata muy gorda. ¡Les parecía la faena tan divertida! Pero Tata Nené triunfaba; tantas había recogido en su niñez, que se olvidaba de su posición presente y daba consejos á las otras, tratándolas de torpes.

Los hombres trabajaban con menos ahinco. Mignon con aire de hombre de bien, aprovechaba su permanencia en el campo para completar la educación de sus hijos; y les hablaba de Parmentier.

Por la noche, reinó en la cena la más loca jovialidad. Devoraban. Naná, muy excitada, se deshizo en alabanzas de su cocinero, un mocetón que ya había servido en el palacio del obispo de Orleans.

Durante el café, las damas fumaron. De las ventanas surgía una zambra de juerga de mil diablos, yendo á extinguirse á lo lejos en la serenidad de la noche, en tanto que los campesinos, rezagados en los setos, volvían la cabeza, mirando la casa resplandeciente.

—¡Ah! ¡es cargante que os marchéis pasado mañana!—dijo Naná.—De todos modos, veamos de organizar algo.

Y decidieron que al día siguiente, que era domin-

go, irían á visitar las ruinas de la antigua abadía de Chamont, que estaba á siete kilómetros de distancia.

Cinco carruajes vendrían de Orleans para conducir á los excursionistas después de almorzar y volverles á traer á la Mignotte, á las siete, para la cena. Sería encantador.

Aquella noche, como de costumbre, el conde Muffat subió al ribazo para llamar á la verja. Pero el resplandor de las ventanas, y las carcajadas le sorprendieron.

Al reconocer la voz de Mignon, comprendió lo que ocurría, y se alejó, furioso ante este nuevo obstáculo, sacado completamente de quicio y resuelto á cualquier violencia.

Jorge, que entraba por una puertecita cuya llave tenía, subió tranquilamente al cuarto de Naná, deslizándose á lo largo de las paredes. Eso sí; hubo de esperar hasta más de media hora. Por último apareció Naná muy achispada, más maternal aun que las otras noches; la bebida la hacía tan enamoradiza, que hasta pecaba de pegajosa. Quería absolutamente que el adolescente la acompañara á la abadía de Chamont. El se resistía, temiendo que le viesan; si por casualidad le percibían en coche con ella, ocurriría un escándalo abominable. Mas ella se deshizo en llanto, presa de una desesperación ruidosa de mujer sacrificada; y el adolescente la consoló, prometiéndole formalmente que tomaría parte en la excursión.

—Según eso, ¿me amas mucho?—tartamudeaba ella.
—Repíteme que me amas... Dime, querido lobezno: ¿si yo muriese, lo sentirías?

En las Fondettes, la vecindad de Naná trastornaba la casa toda. Cada mañana, durante el almuerzo, la buena señora Hugón volvía á ocuparse, á pesar suyo, de esta mujer, refiriendo lo que el jardinero le contaba, experimentando esa especie de obsesión que

las muchachas de vida libre ejercen sobre las mujeres más honradas.

Ella, tan tolerante, estaba sublevada, exasperada, con el vago presentimiento de una desgracia que la azoraba, por las noches, como si adivinase la presencia, en aquella comarca, de alguna fiera escapada de la jaula del domador.

Así, pues, buscaba querella á sus huéspedes, acusándolos á todos de rondar alrededor de la Mignotte.

Habían visto al conde de Vandeuves bromeando en la carretera con una dama; mas él se defendía, negando y volviendo á negar que fuese Naná, pues era, en efecto, Lucy, que anduvo un rato en su compañía, contándole que acababa de plantar á la puerta á su tercer príncipe.

El marqués de Chouard salía también todos los días, aunque pretextaba una prescripción del doctor. Tocante á Daguenet y Fauchery, la señora Hugón se mostraba injusta. El primero, especialmente, no se separaba de las Fondettes, renunciando al proyecto de reanudar sus antiguas relaciones, y mostrándose muy respetuoso y obsequioso con Estela. Fauchery permanecía, también, siempre al lado de las señoras Muffat.

Una sola vez había encontrado en un sendero á Mignon, con los brazos llenos de flores, y explicando un curso de botánica á sus hijos. Los dos hombres habían cambiado un apretón de manos, dándose noticias de Rosa: estaba en perfecta salud, cada cual había recibido aquella mañana una carta, en que les encargaba que aprovecharan algún tiempo más los aires del campo. De todos sus huéspedes, la anciana señora sólo exceptuaba, pues, á Muffat y á Jorge; el conde, que según decía, tenía negocios de importancia en Orleans, no había de perder su tiempo en devaneos; y en cuanto á Jorge, el pobrecillo comenzaba á tenerla inquieta ya, pues cada noche se veía atacado de jaquecas espantosas, que le obligaban á acostarse antes de obscurecer.

Entretanto, Fauchery se había hecho el acompañante ordinario de la condesa Sabina, mientras el conde se ausentaba todas las tardes. Cuando iban al extremo del parque, le llevaba su silla de tijera y su sombrilla. Por lo demás, la divertía con su ingenio vivaracho de periodista, conduciéndola á una de esas intimidades súbitas, que el campo autoriza. Ella había parecido entregarse desde luego, despertada á una nueva juventud, en compañía de este mozo cuyo chispeante bromear no era de índole para comprometerla. Y, algunas veces, cuando se encontraban solos, un segundo, detrás de un arbusto, sus ojos se buscaban; deteníanse en mitad de una carcajada, bruscamente serios, con una mirada ardiente, como si hubiesen penetrado y comprendido.

El viernes á la hora de almorzar, fué preciso añadir otro cubierto más. Acababa de llegar el señor Teófilo Venot, á quien la señora Hugón recordó haber invitado el invierno último, en casa de los Muffat. El señor Venot, algo encorvado, afectaba una bondad natural de hombre insignificante, sin que pareciese advertir la indiferencia inquieta que le manifestaban. Cuando hubo logrado hacerse olvidar, saboreando terroncitos de azúcar á los postres, examinó á Daguenet, servía fresas á Estela, y escuchó una anécdota de Fauchery que divertía mucho á la condesa.

En cuanto le miraban, sonreía con aire tranquilo. Al levantarse de la mesa, cogió del brazo al conde y lo llevó consigo al parque. Sabíase que conservaba sobre éste una gran influencia, desde la muerte de su madre.

Circulaban historias singulares acerca de la supremacía ejercida en la casa por el antiguo abogado. Fauchery, á quien su llegada molestaba, sin duda, explicaba á Jorge y á Daguenet los orígenes de su fortuna, un célebre proceso que, en otro tiempo, le confiaron los jesuitas; y, á su entender, ese hombre bonachón, un terrible señor con su faz dulce y reple-

ta, andaba mezclado actualmente en todos los agios de la cleerigalla.

Los dos jóvenes se habían puesto á bromear, porque el tal vejete le encontraban el aire de un imbecil.

La idea de Venot desconocido, de un Venot gigantesco, instrumento del clero, les parecía una invención cómica; mas se callaron, cuando reapareció el conde Muffat, siempre del brazo del hombre bonachón, muy pálido y con los ojos enrojecidos, como si hubiese llorado.

—Seguramente habrán hablado del infierno,—murmuró Fauchery, en zumba.

La condesa Sabina, que le había oído, volvió lentamente la cabeza y sus ojos se encontraron, en una de esas penetrantes miradas con que sondeaban prudentemente antes de arriesgarse.

Generalmente, después del almuerzo, se dirigían todos al extremo del parterre, sobre un terrado que dominaba la llanura.

La tarde del domingo fué de una dulzura exquisita. A las diez de la mañana, habían temido que llovería; pero el cielo, sin despejarse, se había como derretido en una niebla lechosa, en un polvillo luminoso, dorado por el sol.

Entonces, la señora Hugón propuso bajar por la puercecilla del terrado y dar un paseo á pie, del lado de Gumières, hasta el Choue; era aficionada á andar y muy ágil aun para sus sesenta años. Por lo demás, todo el mundo convino en que no había necesidad de coche.

De este modo llegaron, algo á la desbandada, hasta el puente de madera tendido sobre el río. Fauchery y Dagueneu abrían la marcha, con las señoras Muffat; el conde y el marqués seguían luego, á los lados de la señora Hugón, en tanto que Vandevvres, de apostura correcta y aburrida en aquella carretera, marchaba á la cola, fumando un cigarro.

El señor Venot, acortando ó apresurando el paso, iba de uno á otro grupo, sonriendo, como para oirlo todo.

—¡Y ese pobre Jorge que está en Orleans!—repetía la señora Hugón.—Ha querido consultar acerca de sus jaquecas al anciano doctor Tavernier, que no sale de casa... Sí, aun estabais en la cama, cuando ha partido, antes de las siete. De todos modos, eso le distraerá.

Pero se interrumpió para exclamar:

—¡Toma! ¿por qué se detienen en el puente?

En efecto, las señoras, Dagueneu y Fauchery permanecían inmóviles á la entrada del puente, vacilantes, como si algún obstáculo les inquietase. Sin embargo, el camino estaba libre.

—¡Adelante!—gritó el conde.

Mas no se movieron, mirando algo que venía y que los otros aun no podían vislumbrar.

El camino hacia un recodo, bordeado de una espesa cortina de álamos.

En tanto, iba creciendo un sordo rumor, ruidos de coches mezclados con risotadas y chasquidos de látigo. Y, de repente, aparecieron cinco carruajes en fila, atestados hasta curvar los ejes, y animados por una zambra de «toilettes» claras, azules y de color de rosa.

—¿Qué es eso?—preguntó, sorprendida, la señora Hugón.

Después, presintió y adivinó, sublevada por semejante invasión en su camino.

—¡Oh! ¡esa mujer!—murmuró;—andad, andad, como si no los vieseis...

Pero no era ya tiempo. Los cinco carruajes, que conducían á Naná y á sus invitados á las ruinas de Chamont, entraban en el puentecillo de madera.

Fauchery, Dagueneu y las señoras Muffat hubieron de retroceder, en tanto que la señora Hugón y los demás se detenían igualmente, escalonados á lo lar

go del camino. Fué un desfile soberbio. Las risotadas habían cesado en los coches; los rostros se volvían con curiosidad. Miráronse frente á frente, en medio del silencio interrumpido solamente por el cadencioso trotar de los caballos.

En el primer coche, María Blond y Tata Nené, recostadas como duquesas, asomando las abolladas faldas por encima de las ruedas, dirigían miradas desdenosas á aquellas mujeres honradas que iban á pie. Seguía después Gagá, ocupando casi toda una banqueta y anegando junto á ella á la Faloise, de quien sólo se percibía la nariz inquieta.

En pos, venían Carolina Hécquet con Laborfette, Lucy Stewart con Mignon y sus hijos, y detrás de todos, ocupando una victoria en compañía de Steiner, Naná, que tenía delante de ella á Zizi sentado en el testero, el pequeño Zizi, quien sepultaba sus rodillas entre las suyas.

—Es el último: ¿verdad?—preguntó tranquilamente la condesa á Fauchery, afectando no reconocer á Naná.

La rueda de la victoria rozó casi con ella, sin que la condesa diese un paso atrás.

Las dos mujeres habían cambiado una mirada profunda, uno de esos exámenes de un segundo, completos y definitivos.

En cuanto á los hombres, portáronse todos ellos dignamente. Fauchery y Dagnenet, muy fríos, no reconocieron á nadie. El marqués, ansioso, temiendo una broma de parte de aquellas damas, había arrancado un tallo de hierba, que arrollaba entre sus dedos. Únicamente Vandeuves, que se había quedado algo rezagado, saludó con la mirada á Lucy, la cual le sonrió al pasar.

—¡Cuidado!—había murmurado el señor Venot, en pie detrás del conde Muffat.

Este, completamente trastornado, seguía con la mirada aquella visión de Naná corriendo ante él. Su mu-
jer, lentamente, se había vuelto y le examinaba.

Entonces, el conde miró al suelo, como para distraerle del galope de los caballos que le arrebataban la carne y el corazón.

Hubiera dado un grito de sufrimiento; acababa de comprender, percibiendo á Jorge perdido entre las faldas de Naná. ¡Un niño! ¡aquello le desgarraba las entrañas! ¡preferir á un niño! Steiner le importaba un bledo; ¡pero aquel niño!

Sin embargo, la señora Hugón no había reconocido á Jorge desde luego. Este, al atravesar el puente, se hubiera arrojado al río, si no le hubiesen retenido las rodillas de Naná. Entonces, helado, blanco como una sábana, se mantuvo muy tieso. Tal vez no le verían.

—¡Ah, Dios mío!—exclamó de repente la anciana señora.—¡Jorge va con ella!

Los coches habían pasado por en medio de aquel malestar de personas que se conocían y no se saludaban. Este éncuentro delicado, y tan rápido, parecía haberse eternizado. Y, actualmente, las ruedas arrastraban más alegremente por la dorada campiña aquellas carretadas de muchachas de vida libre, azotadas por el aire; flotaban los vestidos en alas del viento, y comenzaban de nuevo las risotadas, entre bromas y miradas dirigidas atrás, sobre aquellas personas honradas que permanecían en el borde del camino, en ademán contrariado: Naná, volviéndose, pudo ver á los paseantes vacilar y luego retroceder, sin atravesar el puente. La señora Hugón se apoyaba en el brazo del conde Muffat, silenciosa y tan triste, que nadie se atrevía á consolarla.

—Decid, querida,—gritó Naná á Lucy, que se asomaba en el coche vecino;—¿habéis visto á Fauchery? ¡Qué cara ha puesto! Me la pagará... ¡Y Pablo, un muchacho con quien he sido tan buena! Ni siquiera una seña. ¡Vaya un par de marranos!

Y tuvo un áltercado atroz con Steiner, que encontraba muy correcta la actitud de aquellos señores. ¿Con

qué es decir, que cualquier pillastre podía insultarlas? Muchas gracias; tan decente era él como sus amigos; camada completa. A la mujer nunca se le niega el saludo.

—¿Quién era la alta?—preguntó Lucy, á voz en grito, entre el ruido de las ruedas.

—La condesa Muffat,—respondió Steiner.

—¡Toma! lo sospechaba,—dijo Naná.—Pues bien, querido; por más condesa que sea, vale bien poco... Sí, sí; bien poco... Ya sabéis que tengo buen ojo. Actualmente conozco á vuestra condesa como si la hubiese parido... ¿Qué apostáis á que se acuesta con esa víbora de Fauchery?... Os digo que se acuesta con él. Es cosa que las mujeres comprendemos al momento.

Steiner se encogió de hombros. Desde la víspera, su mal humor iba progresando; había recibido las cartas que le obligaban á marcharse á la mañana siguiente; además, maldita la gracia que tenía eso de venir al campo para dormir en el diván de un salón.

—¡Y este pobrecito rorro!—repuso Naná, súbitamente enternecida, advirtiendo la palidez de Jorge, que permanecía tieso y con la respiración entrecortada.

—¿Creéis que mamá me habrá reconocido?—tartamudeó al fin.

—¡Oh! en cuanto á eso, de seguro. Ha dado un grito... Pero es por mi culpa. El no quería ser de la partida, y le obligué... Escucha, Zizi: ¿quieres que le escriba una carta á tu mamá? Parece una señora muy respetable. Le diré que nunca te había visto, y que fué Steiner quien te trajo hoy por vez primera.

—No, no; no escribas,—dijo Jorge, sumamente inquieto.—Ya lo arreglaré yo solo... Y después, si me fastidian, no vuelvo á casa.

Pero quedó absorto, combinando embustes para la noche. Los cinco coches rodaban, en la llanura, por un interminable camino recto, bordeado de hermosos árboles. El aire, de un plateado gris, bañaba la campiña. Las damas continuaban gritándose frases, de uno

á otro coche, por detrás de las espaldas de los cocheros, que se reían con los dichos de la comitiva; de vez en cuando una de ellas se ponía en pie, para ver, empuñándose en continuar en dicha postura, apoyada en los hombros de un vecino, hasta que una violenta sacudida la sentaba de nuevo en la banqueta.

Carolina Hécquet, entretanto, sostenía una prolongada conversación con Labordette; los dos estaban de acuerdo en que Naná vendería su propiedad antes de tres meses, y Carolina encargaba á Labordette que se la comprara, bajo cuerda, por poco dinero. Delante de ellas la Faloise, muy enamorado, no pudiendo alcanzar á la nuca aplopética de Gagá, le besaba el espinazo, sobre su bata, en un punto donde la estirada tela estallaba, en tanto que tiesa en el borde del banquillo, Amelia les decía que acabaran, aburrida de estar allí, con los brazos colgantes, viendo cómo besaban á su madre.

En el otro coche, Mignon, para dejar atónita á Lucy, exigía á sus hijos una fábula de La Fontaine; Enrique, sobre todo, era un prodigio, y las recitaba de un tirón, sin equivocarse. Pero María Blond, cuyo coche abría la marcha, acababa por aburrirse, cansada ya de embaucar á esa boba de Tata Nené, contándole que en las lecherías de París fabricaban huevos con cola y azafrán. Pero ¿dónde estaban esas ruinas? ¿no iban á llegar nunca á ellas? Y la pregunta, transmitida de coche á coche, llegó hasta Naná, quien, después de interrogar á su cochero, se levantó, gritando:

—Todavía falta un cuarto de hora escaso... ¿Veis, allí abajo, aquella iglesia, detrás de los árboles?...

Después, añadió:

—¿No lo sabéis? Parece ser que la propietaria del castillo de Chamont es una anciana del tiempo de Napoleón... ¡Oh! una jueguista, según me ha dicho José, que lo sabe por los criados del obispo; una jue-

guista como hay pocas. Actualmente, anda metida entre curas.

—¿Cómo se llama?—preguntó Lucy.

—La señora D' Anglars.

—¡Irma D' Anglars!... La conocí en sus buenos tiempos,—gritó Gagá.

Surgió, á lo largo de los coches, una sucesión de exclamaciones, sofocadas por el trote más vivo de los caballos. Las damas alargaban el cuello para ver á Gagá; María Blond y Tata Nené se volvieron de rodillas sobre la banqueta, apoyando los puños en la capota. Y cruzábanse preguntas, con palabras malignas, templadas por una sorda admiración. Gagá la había conocido; y esto les llenaba de respeto para aquel lejano pasado.

—Eso sí, era yo muy niña,—repuso Gagá;—mas no importa; me acuerdo; la veía pasar... Decían que era muy puerca en su casa; pero en su coche ¡tenía un «chic!» Corrían historias estupendas, cochinadas y picardías que daban asco... Ya no me estraña que tenga un castillo... Dejaba á un hombre en seco, sólo con soplar... ¡Ah, Irma D' Anglars vive aún! Pues bien, gatitas mías; debe frisar ya en los noventa años.

Al oír esto las damas se pusieron serias. ¡Noventa años! No había ninguna de ellas, como gritaba Lucy, que fuese capaz de vivir tanto tiempo. Todas eran unas carracas. Por lo demás, Naná declaró que no quería echar huesos viejos; era más alegre espichar antes. Llegaban ya. La conversación fué interrumpida por los latigazos de los cocheros, que azuzaban á sus bestias. Sin embargo, en medio del ruido, Lucy continuó, saltando á otro asunto, apremiando á Naná para que se marchase con ellas, el día siguiente. La Exposición iba á cerrarse; estas damas debían regresar á París, donde la temporada sobrepujaba á sus esperanzas. Mas Naná seguía terca. Abominaba de París y no volvería á poner tan pronto los pies allí.

—¿Verdad, querido? nos quedamos,—dijo apretando las rodillas de Jorge, sin inquietarse por Steiner.

Los coches se habían parado bruscamente. La comitiva, sorprendida, se apeó en un sitio desierto, al pie de un ribazo. Fué menester que uno de los cocheros le señalase con la punta de su látigo las ruinas de la antigua abadía de Chamont, perdidas entre los árboles. Fué una gran decepción. Las damas encontraron aquello estúpido; algunos montones de escombros, cubiertos de maleza, y medio torreón desplomado. Verdaderamente, no valía la pena de andar dos leguas. El cochero les indicó entonces el castillo, cuyo parque comenzaba cerca de la abadía, aconsejándoles que tomasen un sendero y siguiesen los muros; así darían la vuelta, mientras los coches irían á esperarles en la plaza del lugar. Era un paseo delicioso. La comitiva aceptó.

—¡Caramba! ¡Qué bien sabe vivir Irma!—dijo Gagá deteniéndose ante una verja, en el ángulo del parque.

Todos, silenciosamente, contemplaron el enorme follaje que cerraba la verja. Después en el sendero, siguieron el muro del parque, alzando la vista para admirar los árboles, cuyas ramas altas sobresalían formando un denso arco de verdura. Al cabo de tres minutos, encontráronse delante de una nueva verja, ésta dejaba ver un ancho césped, donde dos árboles seculares dibujaban dos sábanas de sombra; y, tres minutos más lejos, otra verja aun descubrió ante ellos una avenida inmensa, una galería de tinieblas, en cuyo fondo el sol brillaba cual reluciente estrella. Un asombro, silencioso al principio, les arrancaba poco á poco exclamaciones. Habían intentado burlarse, con un tantillo de envidia; pero decididamente, aquello las subyugaba. ¡Qué talento, esta Irma! Aquello daba una perfecta idea de la fuerza de atracción de la mujer.

Los árboles continuaban, y sin cesar aparecían mantos de hiedra trepando por el muro, techos de pabe-

llón que sobresalían, cortinas de chopos que subseguían á masas profundas de olmos y de álamos blancos. ¿Acaso no acabaría nunca aquello? Las damas hubieran querido ver el castillo, cansadas de dar vuelta siempre, sin percibir otra cosa que los hundimientos del follaje. Cogían los barrotes de las verjas con ambas manos, apoyando la cara contra el hierro. Una sensación de respeto las invadía, viéndose contenidas de este modo á distancia. En breve, aquella caminata á paso lento les causó cierta fatiga.

Y la cerca no tenía fin; á cada recodo del desierto sendero, extendíase la misma línea de piedras grises. Algunas, desesperando de llegar al término, hablaban de volver atrás. Pero cuanto más las deslomaba el paseo, tanto más respetuosas se volvían; enseñoreadas progresivamente por la tranquila y regia majestad de aquel vasto dominio.

—Es tonto eso, al fin,—dijo Carolina Hécquet, con los dientes apretados.

Pero Naná le hizo callar con un brusco movimiento de hombros. Desde hacía un momento no hablaba, y estaba algo pálida y seria. De repente, en el último recodo, desembocando en la plaza del lugar, la cerca cesó y apareció el castillo. Todos se detuvieron, sobrecogidos por la grandeza altiva de los anchos vestíbulos, de las veinte ventanas de la fachada, del desarrollo de sus tres alas cuyos ladrillos se encadenaban sobre hiladas de piedra. Enrique IV había habitado este castillo histórico, donde aun se conservaba su alcoba con el gran lecho colgado de terciopelo de Génova. Naná sofocada, exhaló un suspiro de niña envidiosa.

—¡Voto á...!—murmuró en voz baja, hablando para sí misma.

Pero hubo una fuerte emoción. Gagá, de repente, dijo que era ella, Irma en persona, la que estaba allá abajo, cerca de la iglesia. La reconocía perfectamente; siempre erguida, la muy tunanta, á pesar de su edad,

y siempre con sus mismos ojos, cuando tomaba sus actitudes. Salían de vísperas. La señora permaneció un instante bajo el pórtico. Vestía un traje de seda, de color de hoja seca, muy sencillo y muy ancho, con la venerable faz de una antigua marquesa escapada de los horrores de la Revolución. En su mano derecha relucía al sol un gran devocionario. Y, lentamente, atravesó la plaza, seguida de un lacayo con librea, que andaba á quince pasos de distancia. La iglesia iba quedando vacía y todas las gentes de Chamont saludaban profundamente á la señora: un anciano le besó la mano, una mujer quiso arrodillarse á sus plantas. Era una reina poderosa, colmada de años y de honores. Subió la gradería del vestíbulo y desapareció.

—He aquí á donde llega una persona, cuando tiene orden,—dijo Mignon con aire convencido, mirando á sus hijos, como para darles una lección.

Entonces, cada cual dijo su frase. Labordette la encontraba prodigiosamente conservada. María Blond soltó una obscenidad, mientras Lucy se incomodaba declarando que era preciso honrar á la vejez. Todas, en resumen, convinieron en que era una mujer como pocas. Subieron de nuevo á los coches. Desde Chamont á la Mignotte Naná permaneció callada. Había vuelto dos veces la cabeza, para dirigir una ojeada al castillo. Mecida por el ruido de las ruedas, no sentía á Steiner á su lado, ni veía á Jorge delante de ella. Parecía que, en el crepúsculo, surgía una visión: aquella señora continuaba pasando, con su majestad de reina poderosa, colmada de años y de honores.

Por la noche, Jorge regresó á las Fondettes, á la hora de comer. Naná, cada vez más distraída y rara, le había enviado á que pidiese perdón á su mamá, el deber le ordenaba, decía la joven, poseída de un repentino respeto hacia la familia. Hasta le hizo jurar que no volvería aquella noche á la Mignotte, pues

ella estaba sumamente fatigada y en cuanto á él, cumpliría con su obligación, mostrándose obediente.

Jorge, fastidiado á más no poder de tanta moral, se presentó ante su madre, con el corazón oprimido y la cabeza baja. Afortunadamente, había llegado su hermano Felipe, un bravo militar de carácter jovial, y esto abrevió la escena que el adolescente temía. La señora Hugón se limitó á imitarle con ojos preñados de lágrimas en tanto que Felipe, enterado, le amenazaba con ir á cogerle de las orejas, si volvía á casa de aquella mujer. Jorge, aliviado de un gran peso, calculaba cazarmente que se escaparía al día siguiente, hacia las dos, para combinar sus citas con Naná.

Durante la comida, los huéspedes de las Fondettes parecieron cohibidos. Vandeuves, había anunciado la partida; quería llevarse á Lucy á París, encontrando muy gracioso el rapto de una muchacha á quien estaba viendo desde hacía diez años, sin el menor deseo. El marqués de Chouard, con la cabeza baja, pensaba en la hija de Gagá; recordaba que había hecho saltar á Lili sobre sus rodillas: ¡cómo crecían las niñas! Se estaba poniendo muy gordita, la pequeña.

Pero el conde Muffat, sobre todo, permaneció silencioso, absorto, roja la faz. Había fijado en Jorge una penetrante mirada. Al levantarse de la mesa, subió á encerrarse en su cuarto, pretextando un poco de calentura. Detrás de él habíase precipitado el señor Venot; y hubo, allí arriba, una escena: el conde, tendido en su lecho, sofocaba en la almohada sus sollozos convulsivos, mientras que el señor Venot, con voz dulce, le llamaba hermano suyo y le aconsejaba que implorase la clemencia divina. El no le oía, en su estertoroso sollozar. De repente, saltó del lecho y tartamudeó:

—Voy allá... No puedo más..

—Bueno,—dijo el viejo;—os acompaño.

Mientras salían, hundíanse dos sombras en las tinieblas de una alameda. Cada noche, actualmente, Fau-

chery y la condesa Sabina dejaban á Dagueneu que ayudase á Estela á preparar el té. En la carretera, el conde andaba con tal rapidez, que su compañero, para seguirle, se veía obligado á correr, y sofocado, no cesaba de prodigarle los mejores argumentos contra las tentaciones de la carne. El otro no desplegaba los labios, avanzando en la obscuridad. Al llegar ante la Mignotte, dijo sencillamente:

—No puedo más... Idos.

—Si es así, cúmplase la voluntad de Dios,—murmuró el señor Venot.—Dios toma todos los caminos para asegurar su triunfo... Vuestro pecado será una de sus armas.

En la Mignotte, hubo querellas durante la comida. Naná había encontrado una carta de Bordenave, en la que le aconsejaba que continuara reposando, con ironía burlona; la pequeña Violaine era llamada á escena dos veces cada noche. Y, como Mignon la asediaba para que partiese con ellos al día siguiente, Naná, exasperada, declaró que no toleraba que nadie le diese consejos. Por lo demás, en la mesa, habíase mostrado mogigata hasta la ridiculez. Habiendo soltado la señora Lerat una frase algo verde, la joven gritó: «¡Por vida del que no autorizaba á nadie, ni siquiera á su tía, para decir cochinadas en su presencia.» Después, jorobó á todo el mundo con sus buenos sentimientos, en un acceso de necia honestidad, con ideas de educar religiosamente á Luisito, y todo un plan de buena conducta para ella. Notando que se reían, tuvo frases profundas, movimientos de cabeza de burguesa convencida, diciendo que sólo el orden conducía á la fortuna, y que no quería morir tirada en una estera. Las damas, excitadas, exclamaban: «¡Imposible!» aquella era otra Naná. Mas la joven, inmóvil, recaía en sus ensueños, viendo surgir la aparición de una Naná muy rica y muy considerada.

Subían á acostarse, cuando se presentó Muffat. La bordette fué quien le vislumbró en el jardín, y com-

prendiendo la cosa, le prestó el servicio de alejar á Steiner, y de conducirle por la mano, á lo largo del obscuro pasillo, hasta la alcoba de Naná. Para asuntos de este jaez, Labordette era de una distinción perfecta, muy astuto, y como encantado de procurar la felicidad á los demás. Naná no se encontró sorprendida, sino solamente fastidiada del frenesí de Muffat en perseguirla. Hay que ser formal en la vida: ¿verdad? Amar, era demasiado tonto, y á nada conducía. Después, tenía escrúpulos, á causa de la tierna edad de Zizí; verdaderamente, se había conducido de una manera poco decorosa. ¡A fe mía! lo mejor era volver al buen camino; así, pues, tomaba á un viejo.

—Zoé,—dijo á la doncella encantada de abandonar el campo,—mañana al levantarte arreglarás las malezas; nos volvemos á París.

Y se quedó con Muffat, pero sin placer.

VII

Tres meses después de una noche de diciembre, paseábase el conde Muffat por el Pasaje de los Panoramas. La temperatura era muy suave; un aguacero acababa de llenar el Pasaje de una oleada de gente.

Había allí un tropel, un desfile penoso y lento, apretado entre las tiendas. Bajo los vidrios blanqueados por los reflejos resplandecían una violenta iluminación, una corriente de claridades, globos blancos, linternas rojas, transparentes azules, baterías de gas, relojes y abanicos gigantes con perfiles de llama ardiendo en el aire; y la mezcolanza de los escaparates, el oro de las bisuterías, los bocales de los confiteros, las sedas claras de las modistas flameaban, detrás de la pureza de los cristales, en la viva luz de los reflectores, mientras que, entre el baturrillo pintarrajeado

de las muestras, un enorme guante de púrpura, á lo lejos, parecía una mano sangrienta, cortada y sostenida por una manga amarilla.

Paulatinamente, el conde Muffat había subido hasta el bulevar. Dirigió una ojeada al arroyo y dió la vuelta, á cortos pasos, rozando con las tiendas. Un aire húmedo y tibio difundía un vapor luminoso por el angosto pasadizo. A lo largo de las losas mojadas por el gotear de los paraguas, los pasos resonaban, continuamente, sin un ruido de voz.

Los transeuntes, codeándole á cada vuelta, examinaban su faz silenciosa, descolorida por el gas. Entonces, para escapar á estas curiosidades, el conde se paró ante una papelería, contemplando con profunda atención un escaparate de prensa-papeles y bolas de vidrio, en que flotaban paisajes y flores.

No veía nada; pensaba en Naná. ¿Por qué acababa de mentirle una vez más? Por la mañana, le había escrito que no se molestara aquella noche, pretextando que Luisito estaba enfermo y que pasaría la noche en casa de su tía, velándole. Pero él, recelando, se había presentado en su casa, y allí supo por la portera que la señora acababa de salir en aquel momento en dirección á su teatro. Esto le extrañaba, por cuanto Naná no figuraba en la nueva obra. ¿Por qué, pues, este embuste, y qué podía hacer ella en Variedades aquella noche?

Empujado por un transeunte, el conde, sin darse cuenta de ello, dejó los prensa-papeles y se encontró ante un escaparate de quincalla, contemplando con aire absorto una colección de carteras y petacas que, en uno de los ángulos, ostentaban la misma golondrina azul. Verdaderamente, Naná había cambiado. En los primeros tiempos, después de su regreso del campo, la joven le enloquecía, cuando le besaba en la cara, sobre sus pañuelos, con mimos de gata, jurándole que él era su perro querido, el único hombrecito á quien adoraba.